

# Un gran país entre la esperanza y el caos: La India 1975

India «is the greatest show on earth» («el mayor espectáculo del mundo»), reza un anuncio de la Oficina de Turismo del Gobierno de la India en Nueva York. Y ciertamente es muy difícil opinar lo contrario después de haber pasado un mes recorriendo y penetrando aquel alucinante país. Son tantos y tan impresionantes los impactos que se reciben directamente, por un lado, y a través de la conversación, la lectura y la documentación sobre el terreno, por otro, que no es fácil poner en orden las ideas. Lo intentaré, cifándome a los siguientes apartados.

## 1.º DEL NACIMIENTO, DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

La India comprende, por su extensión, una de las cuarenta y cuatro partes iguales en que se podría dividir la superficie sólida de la Tierra. Pero en la India vive y rebulle la sexta parte de la población mundial, es decir, unos 550 millones de habitantes (exactamente, 547.949.809 personas el 1 de abril de 1971, según el último censo oficial). Este arroja en la India una densidad de población por kilómetro cuadrado cerca de ocho veces superior a la media de la Tierra, 178 habitantes por kilómetro cuadrado en 1971. Pero lo más impresionante no son esas cifras, sino la dinámica y aceleración del fenómeno.

Porque la densidad demográfica ha aumentado en 36 habitantes por kilómetro cuadrado, en la década 1961-1971. En ese mismo lapso de tiempo, la población global creció en un 24,8 por 100; en 108.877.227 habitantes, si lo queremos expresar en números absolutos. Y el fenómeno no sólo continúa, sino que se acelera. ¿Causas? Dos principales: las elevadas tasas de natalidad y las cada vez menores tasas de mortalidad. En el período 1961-70, la tasa de natalidad se estimó oficialmente en el 39,8 por 1.000 habitantes; la de mortalidad, en el 18,1 por 1.000. Respecto de 1951-60, esta última decreció en 4,7 puntos, mientras que la de nacimientos sólo lo hizo en 1,9 puntos porcentuales. Consecuencia: ese crecimiento del 24,8 por 100 de la

J. G.

población total del país entre 1961-70, mientras que en 1951-60 el aumento fue menor (el 21,6 por 100).

Asustan ciertamente esos porcentajes, si tenemos en cuenta que en los países desarrollados se ha llegado prácticamente a una tasa de natalidad de mera reposición o de ligero crecimiento (entre el 17 y el 20 por 1.000; es decir, a la mitad o menos que en la India).

El aumento anual de la población en diez millones largos de habitantes neutraliza en gran parte los esfuerzos del Gobierno por la mejora de los niveles medios de vida. A partir de 1951, el Gobierno inició una serie de planes quinquenales de desarrollo. Pero, por ejemplo, la renta «per capita» en 1965-66 era la misma que en 1960-61, a pesar de tales planes de desarrollo y debido al 2,5 por 100 de crecimiento anual de la población. Para 1980-81, el Gobierno espera un crecimiento anual del 3,5 por 100 de la renta «per capita». Y funda sus esperanzas en que la tasa de natalidad disminuya del 39 al 25 por 1.000.

Pero ¿hay fundamento para tales esperanzas? El Gobierno confía en su intensiva política de «family planning»; mas los resultados de tal política, hasta el momento, no parecen dar demasiado pie a tales expectativas. Ya hemos aludido cómo hasta 1970 el despliegue espectacular de tal política sólo había logrado un decrecimiento de las tasas de natalidad del 41,7 por 1.000, en 1951-60, al 39,8 por 1.000 de media en 1961-70.

En 1972-73 funcionaban en la India 1.952 centros urbanos, 5.182 centros rurales y 32.217 delegaciones de tales centros para la esterilización y el adoctrinamiento sobre el control de natalidad. El Gobierno habla de haber logrado hasta el momento la esterilización de más de 14 millones de personas, la inserción IUCD en cerca de cinco millones; promueve la venta de preservativos para varones, manifestando como uno de sus logros el haber pasado de una venta o regalo, según los casos, de 60 millones de tales medios, en 1968-69, a 79 millones, en 1972-73. Hay muchísima propaganda mural, a todo color, con la consabida leyenda: «Familia pequeña, familia feliz». Se ha llegado ya a la abierta propaganda oficial para el aborto: «El aborto es legal, no encierra peligro, se realiza con discreción», dice el anuncio que pasan en los cines durante el intermedio de la película. Da claramente la impresión de una lucha a la desesperada, saltando ya por encima de todos los escrúpulos.

El Gobierno manifiesta los resultados que cree haber obtenido: el haber evitado unos 13 millones de nacimientos desde 1952, en que se adoptó el programa oficial del «family planning», hasta marzo de 1973. Pero, aunque esto fuera cierto (hay personas que se esterilizan después de tener seis o siete hijos), no

parece sea ése el camino de resolver el problema; recordemos la cifra anteriormente dada de un crecimiento demográfico de más de 100 millones de personas en la India, período 1961-71, a pesar de todo el «family planning». Seguramente, por el contrario, es el del desarrollo el único camino que frenará automáticamente el aumento de la población; así lo indica la experiencia de todos los países que pasaron del subdesarrollo a la industrialización.

Si podemos hablar de esta manera, el problema demográfico está atenuado en la India por la relativa cortedad de la esperanza de vida. Según cifras oficiales, la esperanza de vida al nacer era en 1961-70 de sólo 47 años para los varones y de 45,6 para las mujeres. Recuérdese que en los países desarrollados tal esperanza suele cifrarse hoy en torno a los 70 años. También en la India, aunque lentamente, se avanza en este aspecto: en 1951-60, la esperanza de vida era sólo de 41,9 años para los varones y de 40,60 para las mujeres.

Como se ve, la esperanza de vida de los varones es en la India ligeramente superior a la de las mujeres. Generalmente, las estadísticas de otros países muestran lo contrario en cada uno de ellos. La explicación del fenómeno para la India puede estar, primero, en el hecho de que las mujeres trabajan duramente en el campo, en la construcción, en obras públicas, etcétera, y, segundo, en la misma gestación y crianza de una prole numerosa en condiciones físicas precarias. Otro fenómeno característico de la India es la existencia de más varones que mujeres: 1.000 varones por 930 mujeres. De viva voz hemos encontrado allá sólo una explicación: el infanticidio. Las hijas cuestan caras a las familias, sobre todo por los regalos de boda que, a modo de dote, les tienen que ofrecer en forma de joyas, objetos metálicos, adornos, etc. De ahí que bastantes familias se vean tentadas de provocar la muerte de alguna de las hijas en el momento de nacer. Dicen que algunas lo hacen taponándoles la garganta con un trozo de algodón empapado en leche...

Como suelen decir que no hay mal que por bien no venga, la mediocridad de la esperanza de vida hace que la India tenga hoy más del 50 por 100 de su población en edades inferiores a los veinte años; cerca del 60 por 100, en edades por debajo de los veinticinco años; casi el 80 por 100, en edades menores a los cuarenta. Se ven relativamente pocos viejos en las casas y en las calles, y algunos de los que se ven, más que viejos, son en realidad hombres y mujeres jóvenes, pero prematuramente envejecidos. Por el contrario, enjambres innumerables de chiquillos y de muchachos y muchachas jóvenes merodean y vivaquean por doquier; muy frecuente, casi normal, la familia con seis, siete, nueve retoños. Se recorre en tren o en «jeep» kilómetros y kiló-

J. G.

metros y apenas es posible ver una sola vez el paisaje vacío de personas.

Esta población vive sobre todo en el campo, en las zonas rurales. Sólo el 20 por 100 en las ciudades. El proceso de urbanización es muy lento: la población urbana sólo aumentó en un 1,9 por 100 entre 1961 y 1971. Lo cual es indicador válido de un desarrollo muy moderado de la industrialización relativa del país.

Pero, a pesar de todo, es imponente el espectáculo de ciudades congestionadas, como Bombay: unos 400.000 habitantes por kilómetro cuadrado en alguno de sus barrios. Téngase en cuenta que del 16 al 19 por 100 de las familias indias viven en menos de 10 metros cuadrados de espacio. Sin contar los suburbios; viven en ellos más de un millón de personas en Bombay (¡oh suburbios pestilentes, cercanos al aeropuerto, bienvenida inolvidable!...); 900.000, en Madrás; 700.000, en Delhi. Y viven y duermen en la calle, con frecuencia sin más propiedad que lo puesto, unas 250.000 personas en Bombay; multitudes parecidas, en otras grandes ciudades. Viven y también mueren, a veces, en la calle. No se me olvidará: una mujer de piel ennegrecida, tumbada en la parte exterior de la acera de una céntrica calle de Bombay, visiblemente enferma de lepra blanca, bajo un sol ardiente, desnuda de cintura para arriba, los pechos resecos, un retortijo de carne arrugada, moribunda; no pide limosna, está muriendo; una niña de dos o tres años, sentada en la calzada, apoya sus manos en las costillas de esa mujer, que debe ser su madre, y la inmensa riada humana pasa y repasa indiferente a la vera de esos dos seres que no son otra cosa que la encarnación de la pobreza absoluta...

## 2.º DEL PAN NUESTRO DE CADA DIA

En materia de desarrollo y subdesarrollo topamos de nuevo en la India con cifras tremendas. Suelen dar dos indicadores válidos de desarrollo socioeconómico: la renta «per capita» y el tanto por ciento de la población activa dedicada a la agricultura y ganadería. Según ellos, un país pasa el umbral del desarrollo cuando sus ingresos anuales por habitante alcanzan una cota en torno a los 800 dólares y cuando es igual o inferior al 15 por 100 la proporción de su población activa ocupada en el sector primario.

Pues bien, en la India y 1971-72, la renta «per capita» se la estimó oficialmente en 86 dólares a precios corrientes. A precios constantes de 1960-61, la renta india por habitante creció de 40,6 dólares en ese mismo año a 46 dólares en 1971-72. Sólo 5,4 dólares de mejora en ese lapso de once años. ¿Dónde queda

la cota del desarrollo, la cota de los 800 dólares? Increíble, inhumana, injustamente lejana...

En cuanto a la población activa, los datos oficiales para 1971 son los siguientes:

Son agricultores el 43,34 por 100 de la población activa del país.

Son obreros agrícolas el 26,33 por 100 de esa misma población activa.

Se dedican a la ganadería, los bosques, la pesca, la caza, las plantaciones, el 2,8 por 100 de la población activa.

Sumando estos tres sectores de actividad, encontramos el 72,05 por 100 de la población activa de la India trabajando en ellos.

De nuevo, ¿dónde queda en la India ese umbral del 15 por 100 o menos de población activa ocupada en el sector primario, como indicador de desarrollo? Parece son cifras capaces de desalentar a cualquiera; parece, a primera vista, deberán pasar siglos antes del despegue...

Puede llamar la atención en los porcentajes que acabo de dar la pequeñísima proporción de población activa dedicada a la ganadería. La razón fundamental creemos es la siguiente: los hindúes son vegetarianos, y los hindúes constituyen el 82 por 100 de la población del país; no comen carne; falta demanda interior. A ellos se añaden los 62 millones de mahometanos, que tampoco prueban la carne de cerdo. A pesar de todo, el Gobierno central y los de los Estados están promoviendo la mejora ganadera. ¿Por qué? Por la leche—que también beben los hindúes—y derivados, por los huevos, para la cría de animales de tiro y transporte—bueyes, asnos, camellos...—, por la carne para las comunidades no hindúes, para la exportación de conservas de carne y derivados. Se está comenzando con esos programas de mejora, y las posibilidades son enormes. Recuerdo, por ejemplo, haber visto en una granja la hija de un cruce de una vaca india con un toro americano de raza Jersey. Pues bien, en una generación se había pasado de una producción media diaria de un litro de leche (la madre), a los ocho litros diarios (la hija). Esta puede ser, sin duda, una gran ventaja para aquel país: la de estar comenzando; así en la mejora ganadera; así en la proliferación de granjas avícolas, etc.

No hay datos oficiales sobre la productividad agrícola por persona ocupada en el sector primario, pero la observación directa hace comprender un poco el nivel ínfimo de la renta nacional «per capita». Se ven algunos tractores, pero en conjunto

apenas existe mecanización. Por otra parte, mientras exista esa enorme densidad de mano de obra agraria, la mecanización no haría otra cosa que dejar cruzados de brazos a millones y millones de personas e incurrir en el coste adicional de las amortizaciones de la maquinaria. Así se comprende, por ejemplo, el método antediluviano con que se ve habitualmente operar la recolección del cereal: se siega a mano; se hace desprenderse al grano golpeando contra una piedra o plataforma de madera manojo por manojo la mies; después se le va separando lentamente de la paja, aireando en un proceso eterno, cuévano por cuévano, la parva. Sin riesgo a equivocarse, se podría afirmar que, en cálculos normales, el valor de una cosecha así recolectada, en más de un 50 por 100 se habría de imputar al pago de los sueldos del trabajo de recolección. Pero, hoy por hoy, no parece haber otra alternativa: faltan puestos de trabajo.

Algo parecido se aprecia respecto a otras ramas de actividad: construcción, obras públicas, comercio, servicios; enorme densidad de mano de obra; diez, veinte mujeres pasándose en escalera los cestos de mortero desde el suelo hasta el primero o segundo piso de la obra; una pequeña grúa las eliminaría a todas de su trabajo y de su sueldo. Docenas y docenas de trabajadores—hombres y mujeres—ahondando el cuenco de un embalse seco, con pico, pala y transporte de la tierra, sobre la cabeza, cesto por cesto; una máquina excavadora podría suplirlos con creces y suprimir al 90 por 100. Pero, con muy buen acuerdo, el Gobierno y algunos de los relativamente pocos sindicatos existentes se oponen a una rápida mecanización, que dejaría sin su sueldo a decenas y decenas de millones de personas.

Ya se sobreentiende que cuando una economía como la india funciona sobre la base de tal intensidad de mano de obra, los sueldos no pueden ser elevados; se han de corresponder de una u otra forma con la productividad del trabajo, y ésta es en tal sistema necesariamente pequeña. Por eso hoy, en el campo y en otros sectores de la economía, hay muchos jornaleros y peones trabajando por 32 a 35 pesetas diarias. Y se consideran felices, porque hay bastantes millones que ni siquiera encuentran la oportunidad de esos moderados ingresos diarios.

Fácil es de ver la tragedia que se agazapa detrás de semejante dinámica. Mientras haya tantos trabajadores parados, dispuestos a trabajar por 25 ó 30 pesetas diarias, los sueldos medios no podrán subir en un sistema democrático y de libre contratación laboral como el de la India. Por otra parte, existen sindicatos para la defensa de los intereses profesionales de los trabajadores, pero no alcanzan, por ejemplo, a los agricultores, que constituyen, como hemos visto antes, más del 70 por 100 de la población. Además, la fuerza negociadora de los sindicatos

es necesariamente débil, supuesto ese infinito «ejército de reserva industrial» que forman los trabajadores en paro forzoso y esa falta real de puestos de trabajo para todos. Finalmente, tampoco el Gobierno puede forzar por decreto una subida de salarios mínimos por encima de esa realmente escasa productividad media por persona activa; si así lo hiciera, correría el riesgo de hundir a las empresas y de matar con ello la gallina de los huevos, si no de oro, al menos de bronce, o de estaño, o de hojalata.

Es posible, sin embargo, que con tales niveles de sueldos sean notables los beneficios medios de las relativamente escasas empresas industriales o de servicios con trabajadores a sueldo. Llama en este sentido la atención, por ejemplo, los elevados intereses que muchas empresas ofrecen a prestamistas a interés fijo. A diario aparecen, v. gr., en la Prensa ofertas del 12,50 por 100 de interés para préstamos a un año. Aquí, más bien desconfiaríamos ante tan sustanciosos intereses fijos, **máxime** después de haber conocido estrepitosas suspensiones de pagos de boyantes empresas que ofrecieron alegremente el 12 por 100 anual fijo de rentabilidad... Pero, aunque así fuera en la India, al recortar en algo los beneficios de ese sector minoritario de empresas industriales y de servicios, de medianas o grandes dimensiones, con trabajadores a sueldo, a escala de la población activa nacional quedaría el problema prácticamente intacto.

Es cierto que lo significativo no son los niveles de sueldos en términos monetarios, sino en poder adquisitivo. Por lo tanto, mientras no conozcamos los niveles medios de precios en la India, no podremos hacernos idea de la altura real de tales ingresos. Pues bien, se puede afirmar en conjunto que los niveles de precios de productos de consumo general son equivalentes a los actuales españoles; esto es particularmente cierto cuando se trata de los alimentos. Centenares de miles de trabajadores necesitan el sueldo de uno, dos, tres días, para poder comprar un kilo de aceite, o un kilo de trigo, o un kilo de arroz. Y téngase en cuenta que la inflación en el conjunto de los tres últimos años, quiero decir el aumento del coste de la vida en ese lapso de tiempo, ha sido del 59 por 100, según cifras oficiales, sin haber aumentado prácticamente los salarios en el campo ni el de los peones, frecuentemente, en otras ramas de actividad.

¿Cómo puede vivir con eso la familia normal de la India, es decir, la familia numerosa? Parece un verdadero milagro, pero no hay otra explicación que la de reducir a límites estrechísimos el concepto de necesidad. ¿Vivienda? Muchos duermen y viven en la calle; otros, en sucias chabolas de suburbio; los nómadas, en sus precarias tiendas de campaña; los campesinos y obreros, generalmente en limpias pero pobrísimas casas; muchísimas familias urbanas, en una sola habitación. Recuérdesse el dato de

que cerca del 20 por 100 de las familias indias viven en menos de 10 metros cuadrados. ¿Alimento? En este punto la India tiene la ventaja, si así se la puede llamar, de ser un país caliente y de que el calor solar reduzca notablemente las necesidades de calorías vía alimenticia; conviene beber agua, mucha agua, permanentemente, para no deshidratarse, y el agua para beber se la puede encontrar y se la ofrece, generalmente, en forma gratuita; no es necesario alimentarse conforme a los cánones de otros países más fríos. Pero aun así, el consumo medio de calorías y de vitaminas en la India queda por debajo de los mínimos normales: el clásico «chopati» (torta de cereal), arroz, algo de salsa picante con vegetales, es un menú clásico que muchas familias querrían hoy ver asegurado a diario; se bebe té con algo de leche; la fruta y los huevos entran ya en el capítulo de lo extraordinario. Consecuencia de una subalimentación masiva es la avitaminosis crónica, con falta de fuerzas permanente y enfermedades que de ahí derivan: males de ojos, tuberculosis, fiebres tifoideas, etc.; una naturaleza depauperada se hace así enormemente vulnerable a toda clase de virus. ¿Vestido? También en este campo el calor es un factor de ahorro: camisa, pantalón y sandalias muy ligeras, en los hombres, y, fundamentalmente, el «sari», en las mujeres. A esta escueta ropa se le hace durar frecuentemente hasta que casi se cae a pedazos. Con ello se reducen al mínimo los gastos de vestido. ¿Diversiones, entretenimientos? Aquellas por las que hay que pagar no son esenciales para sobrevivir y forzosa o libremente se prescinde sin más de ellas; queda el «entretenimiento» de la procreación y el de ser espectador y participante de todo el tráfico callejero. También el folklore—canto, música, danza—, verdaderamente popular y auténtico. De la educación de los hijos hablamos a continuación.

### 3.º DE LA ESCUELA

Es admirable el esfuerzo de los poderes públicos en este terreno. Llama muy poderosamente la atención visitar casas y familias pobrísimas, de padres analfabetos, y encontrarse con que dos de las hijas están terminando los estudios de Magisterio, un hijo acaba de terminar Comercio, otro estudia en la Politécnica, etc. Es verdaderamente impresionante el salto gigantesco que este país está dando en el lapso de tiempo de una sola generación. ¿Cómo es esto posible? Gracias a la prioridad y a la visión del Gobierno en materia de política educativa. Hablando en términos generales, la enseñanza en la India es gratuita hasta el final del bachillerato. Para estudios ulteriores existe la posibilidad de numerosísimas becas y subvenciones. Y esto tanto en centros oficiales como privados. El Estado los subvenciona real y radicalmente. Este país ha decidido sabiamente, y

lo cumple, invertir anualmente en educación el 6 por 100 de la renta nacional.

Para comprender la trascendencia de esta política, conviene tener en cuenta que el 70 por 100 de la población de la India es todavía hoy analfabeta. Pues bien, con este pobrísimo y lamentable punto de partida, ya en 1971 el país había logrado la escolarización del 80,5 por 100 de la población comprendida entre los seis y los once años y del 34,2 por 100 de la comprendida entre los once y los catorce años. (Ese salto del 80 al 34 por 100 se puede explicar por dos razones, sobre todo: primera, porque muchos niños son incorporados prematuramente al trabajo activo forzados por la necesidad de sus familias; segunda, porque el esfuerzo de los Gobiernos se ha centrado hasta ahora, preferentemente, en los cinco primeros años de la enseñanza primaria.) Como en otros países, generalmente desarrollados, existe en la India ya una verdadera explosión estudiantil a nivel de bachillerato y posteriores (universitario, etc.). El 20,7 por 100 de la población comprendida entre los catorce y los diecisiete años acudía a los centros de enseñanza media o bachillerato, ya en 1971. Me tocó vivir en la India la época de los exámenes de reválida: 190.000 alumnos se examinaron en aquel Estado federado de la Unión India, con unos 28 millones de habitantes.

Es verdad que surge un agudo problema a la hora de la búsqueda de puestos de trabajo por parte de los graduados que terminan sus estudios a diferentes niveles. Hoy la dinámica de la economía india no sólo no crea suficientes puestos de trabajo acomodados a la preparación de quienes terminan sus estudios, sino que, como antes veíamos, ni siquiera crea simplemente un puesto de trabajo para todos los que, con estudios o sin ellos, se incorporan a la vida activa. Esta realidad puede crear un sentimiento de frustración en muchos diplomados, pero mucho peor sería el paro a la vez que la ignorancia. Además, quienes tienen estudios pueden competir con ventaja en la búsqueda de una colocación. Finalmente, se puede esperar que a través de crisis, incluso tal vez de violencias, una comunidad culta se abra necesariamente camino, a nivel nacional y/o por encima de las fronteras.

#### 4.º DE LA SEQUIA

La India tiene un régimen monzónico de lluvias; vienen éstas en alas de los vientos del sudoeste durante dos meses, de junio a septiembre; no llueve en el resto del año, excepto en el Estado sureño de Tamil Nadu, que en octubre-noviembre recibe otro monzón del nordeste. Este régimen de lluvias, particularmente en los últimos años, se ha mostrado irregular y aleatorio. Y la India,

J. G.

fundamentalmente agrícola, se ha resentido de ello muy seriamente.

Era verdaderamente triste y desolador ver secos, sin una sola gota de agua, enormes cauces de ríos gigantescos y también los humildes embalses de los pueblos que el monzón, cuando viene bien, desborda. Millones, en marzo y abril de 1975, tienen que caminar kilómetros para proveerse del agua necesaria de cada día; muchos pozos se han secado y no ofrecen el agua ni para beber hombres y animales ni para riego. Muchas, innumerables centrales eléctricas funcionan en precario y se hace necesario un régimen de prolongadas y diarias restricciones, particularmente en los pueblos, con la trascendencia que ello tiene. Lo de menos es tener que convivir con la vela o el petromás sobre la mesa. Lo más importante es que las restricciones eléctricas producen prolongadas horas de paro forzoso en muchas fábricas, hacen imposible el bombeo en muchos pozos que todavía tienen algo de agua y... que no funcione el ventilador ni el frigorífico con cuarenta o más grados de temperatura a la sombra.

En 1974 falló el monzón esencialmente. Muchos pueblos perdieron las cosechas. No tienen alimentos. No tienen trabajo. El hambre hace estragos a lo largo y a lo ancho del país. Visité una familia que hacía dos días no había probado bocado. Estuve en una región forestal en la que se alimentaban cocinando hojas de los árboles. En esa misma zona y durante esos días, un grupo de 130 personas murieron por haberse visto forzadas por la necesidad a aventurarse en digerir grano de maíz en malas condiciones. Se podría llenar un libro con la referencia de casos paralelos, terribles, ocurridos desde agosto de 1974 hasta el presente...

El Gobierno central y los de los diferentes Estados están saliendo al paso con planes de emergencia: obras públicas, suministro de alimentos a precios especiales, etc., pero es tal la magnitud del problema, que todo se reduce a un paliativo, muy meritorio, pero insuficiente, necesariamente insuficiente.

Yendo a la raíz del problema, ¿no se puede eludir el albur y la dependencia angustiada de las lluvias monzónicas? Parece que, al menos en un grado muy significativo, sí.

En primer lugar, a través del alumbramiento de aguas freáticas. Muchísimas tierras están siendo redimidas de la servidumbre a corto plazo del monzón, mediante la perforación de pozos. En la India, al menos en todo el norte, hay muchísima agua subterránea que se va filtrando, formando capas y bolsas, desde las cumbres y laderas del Himalaya. He conocido una comarca en la que en los últimos años han alumbrado con éxito

más de mil pozos, en otra quinientos, en otra cien, y se tiene la impresión de que todavía se está en los comienzos de esta actuación verdaderamente liberadora de tierras y de personas.

En segundo lugar, a través de una política de regulación de los cauces de los ríos, mediante presas, pantanos, canales y trasvases. También en este dominio se tiene la ventaja de que está casi todo por hacer. Dos clases de ríos hay en la India: los de montaña, al Norte, y los monzónicos, en el resto del país. Los primeros son de aguas perennes, los segundos dependen de la cuantía y regularidad de las lluvias monzónicas. Ambos pueden ser regulados, contra sequías e inundaciones. No menos de veintidós hercúleos proyectos tiene ya el Gobierno delineados y en perspectiva. Cuando ellos se realicen, se habrá dado un paso gigantesco a nivel nacional contra el exceso de dependencia monzónica, a favor de los suministros normales de agua, de la producción eléctrica regular, de la extensión y permanencia de los regadíos.

Aludiré sólo un momento a dos de estos proyectos. Uno de ellos se refiere a la regulación del río Narmada, en el noroeste del país. Vi en marzo de 1975 su enorme cauce totalmente seco. Sin embargo, se le puede regular aguas arriba mediante presa, asegurando el suministro permanente de agua y convirtiendo en regadío la mayor parte de las tierras del Estado del Gujerat y otras de otros dos Estados vecinos. Pero es lástima que el juego democrático tenga también sus inconvenientes. Diez años largos llevan discutiendo los tres Estados interesados los pormenores del proyecto y no acaban de ponerse de acuerdo. Mientras tanto, los pueblos sufren, los campos mueren de sed, y las personas, de hambre.

El segundo es un proyecto de fábula, pero viable: un canal de 3.000 kilómetros, de Norte a Sur, que trasvasara las aguas sobrantes del Ganges y Bramaputra a los ríos monzónicos del centro y del sur de la India. El proyecto es de una ciclópea envergadura, pero los beneficios a largo plazo, por riegos y electricidad, compensarían con creces del esfuerzo.

Otro aspecto, finalmente, relacionado con el agua: la limpieza. Al visitante de la India le puede llamar poderosamente la atención la suciedad que observa con frecuencia, particularmente en la ropa de mucha gente, y atribuirlo a desidia o abandono. Pero tal persona puede cambiar de criterio o suavizar sus primeros juicios negativos si permanece unas semanas en el país, en una época de calor y en una comarca de sequía. ¿Por qué? Primero, porque nunca ha sido fácil conjugar la pobreza y la limpieza; también el estar limpio cuesta a menudo dinero y suele suponer un mínimo de guardarropía. Pero, además, ¿cómo vestir limpio en temperaturas de 35 a 45 grados, que hacen

sudar a mares, en tierras polvorientas de puro reseca, en comarcas donde el agua suele escasear angustiosamente? Habría que lavar la ropa a diario, y esto a menudo y para mucha gente no le es materialmente posible. Si de algo se puede admirar uno en la India, por el contrario, es de que aun las casas más pobres tengan su losa de piedra en la que todos los miembros de la familia toman su baño diario, tomando de un pozal el agua y derramándola sobre su cuerpo con un bote o jarra.

## 5.º DE LA DEMOCRACIA

La India se gloria de ser la mayor democracia de la Tierra. Y así lo es si consideramos el número de sus habitantes. Las calles, ciertamente, son un estallido de libertad: cada uno viste y camina como quiere; uno puede cruzarse lo mismo con una manifestación acompañada pacíficamente por la Policía, que con un señor que ha iniciado una huelga de hambre, con adivinadores del porvenir que han desplegado sus cartas en el suelo, con innumerables mendigos de todas las edades, con gentes durmiendo en las aceras, etc.; y nadie parece ser molestado ni molestar a los demás. Al menos, la piel de la democracia está ciertamente ahí.

En cuatro semanas de estancia no es fácil penetrar más adentro en el sistema. Pero sí puedo decir que todas las personas con quienes he hablado del tema—y han sido bastantes—, personas generalmente de criterio independiente, se han manifestado en el sentido de que el país, el pueblo, no está preparado para tanta democracia, o bien en el sentido de que el país, la gente, se encuentra en la frontera entre la libertad y el caos. ¿Es posible una verdadera democracia en un país con el 70 por 100 de analfabetos?

Otro aspecto al que apuntan esas mismas personas es al de la corrupción administrativa. Afirman que el soborno y la extorsión están a la orden del día, que muchos políticos no quieren sino medrar y hacer dinero, que la política en el país es una carrera rentable, etc...

La propia Indira Gandhi manifestó en una comunicación a su Gobierno, el 5 de abril último, que «la calidad del servicio al pueblo en las Oficinas de Correos, los Bancos, las estaciones de ferrocarril, los suministros eléctricos, las Delegaciones de Hacienda, los puestos de Policía, etc., había descendido perceptiblemente».

Quede, pues, constancia de tales testimonios, aunque bien sabemos que la corrupción administrativa es planta muy fácil de aclimatar en todas las latitudes.

## 6.º DE LA INDIA COMO EMPRESA UNIVERSAL

La India tiene su legítimo orgullo y se gloria de que las cinco sextas partes de las inversiones realizadas en el país desde el logro de su independencia se han debido al esfuerzo y al ahorro nacional. A él, por tanto, se ha de atribuir la práctica totalidad del progreso logrado desde entonces. Pero, a pesar de este último, que ha sido notable, no cabe cerrar los ojos. Recordemos, particularmente, aquel trío de cifras: 86 dólares de renta «per capita», 72 por 100 de su población activa empleada en el sector primario, 70 por 100 de población analfabeta.

Esta es sencillamente una situación de injusticia a escala mundial, si la contrastamos con el nivel de vida de otros Estados opulentos. Debemos colaborar. La propia India, oficialmente, dejando de lado falsos prestigios, se aproximó al final de 1974 a los Estados Unidos, solicitando asistencia alimenticia, de acuerdo con la ley americana PL 480 sobre ayuda exterior. Y en una carta reciente a un periódico americano, Indira Gandhi, en primer lugar, aseguraba que los tres reactores nucleares instalados en la India estaban destinados a las aplicaciones pacíficas de la energía atómica, y, en segundo lugar, agradecía la generosidad del pueblo americano por la asistencia recibida.

**J. G.**